

Campaña Personas sin Hogar 2010-2015
28 de noviembre de 2010, DÍA DE LOS SIN TECHO

“NADIE SIN DERECHOS. NADIE SIN HOGAR”

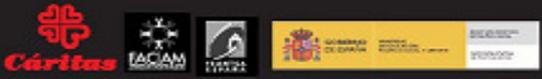


**HEMOS
CONSEGUIDO
QUE ESTA PERSONA
RECUPERE
SU DIGNIDAD.
PERO AÚN
QUEDA MUCHO
POR HACER.**

**MATERIAL DE APOYO
PARA GRUPOS
PARROQUIALES, DE
CATEQUESIS,
REFLEXIÓN Y ORACIÓN**

NADIE SIN DERECHOS. NADIE SIN HOGAR.

CAMPAÑA DE LAS PERSONAS SIN HOGAR 2010-2015
28 DE NOVIEMBRE 2010
DÍA DE LOS SIN TECHO



Cáritas Diocesana de Huelva
Programa de Atención a Personas Sin Hogar

Textos para la reflexión... para orar... para compartir:

Isaías 65, 17-25

“Porque he aquí que yo crearé **nuevos cielos y nueva tierra**; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. Y me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo; **y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor**. No habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla; **porque el niño morirá de cien años**, y el pecador de cien años será maldito. Edificarán casas, y morarán en ellas; **plantarán viñas**, y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos. No trabajarán en vano, ni darán a luz para maldición; porque son linaje de los benditos de Jehová, y sus descendientes con ellos. Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído. **El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey**; y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová”

PISTAS PARA LA REFLEXIÓN:

- ¿ En qué Tierra Nueva creo?
- ¿Qué hago yo por construir ese cielo nuevo y esa tierra nueva?
- ¿Me siento yo instrumento de cambio para esa construcción?

Nadie puede celebrar una auténtica Navidad sino es verdaderamente pobre. Los autosuficientes, los orgullosos, los que por tenerlo, menosprecian a los demás, los que no tienen necesidad, ni siquiera de Dios; para ellos no habrá Navidad...Sin pobreza de espíritu, no puede haber abundancia de Dios.

- ¿Cabén los pobres en nuestras parroquias?
- ¿Cabén en nuestras casas?

Lucas 2, 7

“ Y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenía sitio en la posada”

REFLEXIÓN:

¿ Qué hacemos desde nuestra parroquia, en nuestros grupos...por los que no tienen cabida hoy en nuestra sociedad?

Mateo 25, 45

“Y él entonces responderá: En verdad os digo que cuando dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo”

PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

- 1- ¿Cómo entiendes la solidaridad, como reflejo del Dios trinitario, del Dios encarnado, como algo esencial en nuestra fe o como una simple cualidad humana?
- 2- Siendo realistas con la crisis actual, con la realidad que tenemos a nuestro alrededor: ¿ qué modos y formas podemos buscar para seguir viviendo e invitando a vivir en un estilo de vida solidario?

Caritas in Veritate. (Carta- encíclica de Benedicto XVI)

«*Caritas in veritate*» es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral. Deseo volver a recordar particularmente dos de ellos, requeridos de manera especial por el compromiso para el desarrollo en una sociedad en vías de globalización: *la justicia y el bien común*.

Ante todo, la *justicia*. *Ubi societas, ibi ius*: toda sociedad elabora un sistema propio de justicia. *La caridad va más allá de la justicia*, porque amar es dar, ofrecer de lo «mío» al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es «suyo», lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo «dar» al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. Quien ama con caridad a los demás, es ante todo justo con ellos. No basta decir que la justicia no es extraña a la caridad, que no es una vía alternativa o paralela a la caridad: la justicia es «inseparable de la caridad», intrínseca a ella. La justicia es la primera vía de la caridad o, como dijo Pablo VI, su «medida mínima», parte integrante de ese amor «con obras y según la verdad» (1 Jn 3,18), al que nos exhorta el apóstol Juan. Por un lado, la caridad exige la justicia, el reconocimiento y el respeto de los legítimos derechos de las personas y los pueblos. Se ocupa de la construcción de la «ciudad del hombre» según el derecho y la justicia. Por otro, la caridad supera la justicia y la completa siguiendo la lógica de la entrega y el perdón. La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teologal y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo.

Hay que tener también en gran consideración el bien común. Amar a alguien es querer su bien y trabajar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien relacionado con el vivir social de las personas: el bien común. Es el bien de ese «todos nosotros», formado por individuos, familias y grupos intermedios que se unen en comunidad social. No es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz.

Desear *el bien común* y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura así como *pólis*, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la *pólis*. Ésta es la vía institucional —también política, podríamos decir— de la caridad, no menos cualificada e incisiva de lo que pueda ser la caridad que encuentra directamente al prójimo fuera de las mediaciones institucionales de la *pólis*.

El compromiso por el bien común, cuando está inspirado por la caridad, tiene una valencia superior al compromiso meramente secular y político. Como todo compromiso en favor de la justicia, forma parte de ese testimonio de la caridad divina que, actuando en el tiempo, prepara lo eterno. La acción del hombre sobre la tierra, cuando está inspirada y sustentada por la caridad, contribuye a la edificación de esa *ciudad de Dios* universal hacia la cual avanza la historia de la familia humana.

En una sociedad en vías de globalización, el bien común y el esfuerzo por él, han de abarcar necesariamente a toda la familia humana, es decir, a la comunidad de los pueblos y naciones, dando así forma de unidad y de paz a la *ciudad del hombre*, y haciéndola en cierta medida una anticipación que prefigura la ciudad de Dios sin barreras.

PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Qué palabras, sentimientos, expresiones te vienen a la mente, al corazón cuando escuchas: **JUSTICIA**?
- ¿Qué palabras, sentimientos, expresiones te vienen a la mente, al corazón cuando escuchas: **BIEN COMÚN**?
- Hagamos propuestas cotidianas, para nuestro grupo, nuestra parroquia, nuestro barrio.

Pobreza y teología

En el punto de partida de la teología está el don de la fe. Es una reflexión que responde a la necesidad de formular y comunicar la experiencia creyente que resulta de la acogida de la Buena Nueva. Ella tiene lugar, obligadamente, en el seno de diversas y complejas vivencias humanas. Todo un mundo social, cultural y psicológico interviene, en consecuencia, en la elaboración del discurso sobre la fe.

Cuando se atraviesan situaciones humanas extremas, de sufrimiento, postergación e injusticia, las preguntas calan hondo y conducen al corazón de las cosas; al mismo tiempo, el hablar teológico se hace respetuoso de la diversidad de las condiciones sociales, culturales y religiosas de personas y de pueblos. La interpelación que viene de ellas nos coloca desnudamente ante las interrogantes básicas de la existencia humana. En efecto, si no vamos al mundo del dolor cotidiano, de la vivencia de ver violados sus derechos más elementales, de la angustia que consume; pero, asimismo, si no tenemos en cuenta las hondas experiencias de alegrías sencillas, de la esperanza que – pese a todo– se enciende permanentemente en medio de situaciones inhumanas, el quehacer teológico no adquiere espesor. Y fácilmente puede contaminarse de un cierto burocratismo y de una voluntad de poder contrarios al espíritu evangélico.

Nos proponemos en estas páginas examinar algunos rasgos que caracterizan el lenguaje sobre Dios que nace en el mundo de la insignificancia social. Examinaremos en primer lugar lo que entendemos por el reto que la pobreza, especialmente la pobreza extrema, que algunos prefieren llamar miseria, plantea al hablar de Dios; luego veremos el sentido y la ubicación que, en función de lo anterior, damos a la perspectiva de la preferencia por el pobre. Finalmente, tocaremos la cuestión de la unidad y la diversidad de los lenguajes sobre Dios.

Un hecho complejo: *La pobreza es un hecho complejo. No se limita, por lo tanto, sin que esto signifique negar su importancia, a la vertiente económica. La realidad de países plurirraciales y pluriculturales, como lo son una buena parte de los latinoamericanos, el Perú entre ellos, nos puso rápida y directamente ante esa diversidad. Visión reforzada por la compleja comprensión que la Escritura, en ambos testamentos, tiene de los pobres: los que mendigan para vivir, las ovejas sin pastor, los ignorantes de la Ley, aquellos que son llamados “los malditos” en el evangelio de Juan (7,49), las mujeres, los niños, los extranjeros, los pecadores públicos, los enfermos de males graves.*

Presente desde un inicio, como problema y como enfoque, esta complejidad (realidad que hoy las agencias internacionales han comenzado a subrayar) fue ahondada, por la reflexión teológica latinoamericana, siguiendo variadas líneas, en los años siguientes.

Precisamente, la conciencia de esa multidimensionalidad llevó a las tempranas expresiones de ‘no persona’ y de ‘insignificante’ para referirnos a los pobres. Con ellas se quería subrayar lo que tienen en común todos los pobres:

la ausencia del reconocimiento de su dignidad humana y de su condición de hijas e hijos de Dios, sea tanto por razones económicas, como raciales, de género, culturales, religiosas u otras. Condiciones humanas, estas últimas, que la mentalidad dominante de nuestras sociedades no valora, creando una situación desigual e injusta.

Injusticia, no infortunio: La pobreza no es una fatalidad, es una condición; no es un infortunio, es una injusticia. Es resultado de estructuras sociales y de categorías mentales y culturales, está ligada al modo como se ha construido la sociedad, en sus diversas manifestaciones. Es fruto de manos humanas: estructuras económicas y atavismos sociales, prejuicios raciales, culturales, de género y religiosos acumulados a lo largo de la historia, intereses económicos cada vez más ambiciosos; por lo tanto, su abolición se halla también en nuestras manos.

Actualmente disponemos de los instrumentos –sujetos al examen crítico de rigor– que permiten conocer mejor los mecanismos económico-sociales y las categorías en juego. Analizar esas causas es una exigencia de honestidad, y, a decir verdad, el camino obligado si queremos realmente superar un estado de cosas injusto e inhumano. Punto de vista que –sin olvidar que en la pobreza de los pueblos intervienen variados factores– desvela el papel que tiene la responsabilidad colectiva en este asunto y, en primer lugar, la de quienes tienen mayor poder en la sociedad. Reconocer que la pobreza no es un hecho ineluctable, que tiene causas humanas y que es una realidad compleja, conduce a repensar las formas clásicas de atender la condición de necesidad en la que se encuentran los pobres e insignificantes. La ayuda directa e inmediata a quien vive una situación de necesidad e injusticia conserva su sentido, pero debe ser reorientada y, al mismo tiempo, ir más allá: eliminar lo que da lugar a ese estado de cosas. Pese a la evidencia del asunto, no puede decirse, sin embargo, que esta perspectiva estructural se haya convertido en una opinión generalizada en el mundo de hoy, ni tampoco en ambientes cristianos. Hablar de causas de la pobreza hace ver la delicadeza y, en verdad, la conflictividad del problema, razón por la cual muchos buscan soslayarlas.

GUTIÉRREZ G., * Texto basado en un artículo para un libro en homenaje a Aloysius Pieris, *Encounter with the Word* (Sri Lanka, The Ecumenical Institute for Study and Dialogue, 2003).

PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuál es la frase, la idea, el párrafo que más te llama la atención?
- ¿En qué acciones concretas podemos actuar los cristianos ante este mundo en crisis económica y de valores?
- ¿Qué mensaje de amor podemos dar ante el dolor, la soledad, el sufrimiento de las personas sin hogar que viven en nuestras ciudades, en nuestros pueblos?

